



Cuadernos
para
el
Tren

noviembre 21

Sumario

Textos

- Tercer vino, (Venancio Díaz Castán),..... pag 4
- Supernova, (Virginia Villalba),..... pag12
- Un instante, (Virginia Villalba),..... pag14
- Somos huella y su trayecto (JARomán),..... pag18
- ¿Lo entiendes?, (Ana Herrador),..... pag20
- La máquina, (JARomán),..... pag28
- Lugares, (Víctor Galán),..... pag32

Imágenes

Pedro Gálvez, pag 30, 31, 33

JARomán, pag 1, 3, 6, 10, 11, 13, 15, 16, 17, 19, 22,
23, 26, 27, 35



(de “La Rebelión de los Inmortales” Capítulo 3º)

Tercer vino

Los Chamochín no son muchos en España, los más están en Galicia y unos cuantos hay en Madrid. Hay cosas que condicionan, o que imprimen carácter, como el orden sacerdotal; a Arturo Chamochín le ocurre eso mismo con el apellido; por eso, aunque en su vida haya pasado por tragos de grueso calibre, anda siempre con el cachondeo puesto como el que lleva un sombrero. Es un profesional del escándalo, un enemigo del silencio, un lenguaraz, un metomentodo, un producto típico del barrio de la Puerta de Toledo, un superviviente, un...; tiene habilidad para enhebrar una incoherencia con otra de modo que vengan a cuento con la última cosa que se ha dicho y, aunque la gente esté plumiza y orejigacha, se tiene que acabar riendo: porque otro remedio no hay, salvo matarlo: no se calla ni debajo del agua. Toli que, el del camión de las fosas sépticas, le llama *el Mudo*. Lo malo es cuando cuenta chistes, porque los adoba mucho, los hace largos y te da codazos para que se le preste atención, y al final no te enteras de la gracia.

—Buenos días a todos menos a uno. A ver, Rosa, pon un vino, y a estos señores lo que quieran —dice sacando la voz de caña rota a paseo.

—¡Alto, amigo, que estaba yo primero! Ahora invito yo —dice Jaime de la Fuente interceptando el billete de diez euros que pone Arturo en el mostrador.

—Bueno, hombre, bueno; no te pongas así. Cómo se nota el dinero en los jubilados de la prensa. Es que quería pagar ahora que somos pocos; luego, cuando vengan los otros, pagas tú, prenda, que eres un prenda. Míralo qué estilazo tiene de torero; mejor que José Tomás. No me extraña que se te den bien las mujeres, lucero ¿No te parece Jaimecorral? Ya quisieras tú tener el tipio de éste.

Rosa pone vino a todos con una rodaja de salchichón para cada uno.

Empieza el cachondeo. Jaimecorral empieza a toser. Se atraganta con un trozo de torrezno seco con la risa.

Jaime de la Fuente no se da por aludido. Sabe que, si se lo toma como una ofensa, Arturo encima se va a reír y no tiene ganas de darle ese gusto. Le gusta que las cosas vayan con orden, porque él mismo es un hombre de orden y, si todo el mundo fuera como él, otro pelo le iba a lucir a la sociedad. Tiene muy en cuenta las rondas que paga y las que pagan los demás, porque siempre se arrima alguien que se va de rositas. Gonzalo de la Vega, en paz descanse, era muy dado a eso; se hacía el simpático, voceaba con todo el mundo, se metía en el rollo, lo revolvía todo, consumía y, cuando le parecía bien, se despedía a la francesa. Para colmo iba de periodista sin carné y le discutía todo, a él precisamente, a Jaime de la Fuente con esas. Porque está muerto y no es bueno hablar mal de los muertos, que si no lo sacaría a colación cada vez que viniese algún aficionado.

Aparca otro coche en el sitio reservado a los inválidos. Arturo achucha a Jaime:

—¡A por él, mi niño! Otro jeta quitando el sitio a los inválidos.

Sale Jaime de la Fuente murmurando. Los del bar le ven increpando al infractor con el brazo derecho elevado y el índice apuntando al cielo. . Es un Castelar, un Savonarola, un Cicerón,



o todos juntos a la vez. Nadie puede suponer una voz tan poderosa saliendo de tan frágil anatomía. Esta vez el coche tiene tarjeta de inválido, pero lo ocupa una mujer teñida de rubia, tetuda, recién salida de la *pelu*, que viene a comprar al mercado y no tiene tiempo para andarse con tonterías. A su lado, Jaime parece insignificante. Temiéndose un bolsazo recoge velas y vuelve a puerto.

—No hay quien pueda con las mujeres; te salen con sus argumentos y te tienes que callar. Con eso de que son mujeres... Me sale ésta con que tiene tarjeta de inválido, pero el inválido es su marido, no el coche; ¿no te jode?

—Anda, anda, cálmate león y tómate el vino, que te vendrá bien —sosiega Arturo con sorna.

Su teléfono móvil (el de Arturo) toca con estrépito la melodía del Real Madrid en el bolsillo.

—¡Sí, qué pasa!...bueno...¿para cuándo?...bien...mañana matamos ...no, ayer maté tres, pero no me queda ninguno...vale...el jueves irá el camión.

Arturo mata chotos, terneros; es empresario de la carne. En realidad matan los matarifes de San Martín de Valdeiglesias, pero el uso del verbo se lo atribuye el que paga las reses. Casi todos los días va allí a controlar el negocio. Un día vieron los de la peña a los pobres bichos abiertos en canal desplazarse colgados de un gancho por un riel instalado en el techo de las salas del matadero y les entró angustia en el alma, sobre todo al médico, que desde entonces casi no prueba la carne. Le compra las reses a Agustín, un ganadero de Piedrahita, porque le da garantía de que son carne buena de Ávila y en tierras de Santa Teresa no se bromea con las carnes. Hace dos años anduvo echando las muelas contra la ministra de sanidad por lo mal que llevó el tema de las vacas locas. Es un tema que no se le puede tocar, porque se lía a

explicarte los intereses que se pierden por sacar los espinazos y la política internacional que hay detrás de todo el asunto, y cuando habla en serio es aún peor que cuando lo hace en broma, que es casi todo el día. De estos líos salieron ganando los pescateros, por eso mira de reojo de cuando en cuando a Jaime Macías, que tiene fama de ser carero, pero también de tener el mejor pescado del pueblo.

Arturo está también changado. Hace casi treinta años, yendo de caza con otros, recibió un tiro accidental en las piernas que se las dejó cuajaditas de perdigones. Ni se molestaron los médicos en quitárselos, porque hubieran tenido que hacerle una carnicería y hubiera sido peor el remedio que la enfermedad. Pero los perdigones le afectaron las venas y tuvo trombos en el estómago y en el pulmón y a saber dónde más. En la operaciones vio cerca la pajarilla y tomó la decisión del *carpe diem* en forma de cachondeo perpetuo, aunque antes de lo del tiro tampoco es que fuese muy serio que digamos. Para su múltiple patología toma un combinado de cápsulas y comprimidos que asusta al más pintado; pero lo que más le protege son unas medias elásticas que se sujeta desde la cintura con unos ligeros al estilo de las coristas. Entre esto y la tripa que le sale por encima del cinturón, no puede dar siete pasos seguidos. Dice que al único que gana a correr en toda España es a Jaimecorral.

Arturo no puede parar. Se mete con Rosa:

—A ver, Rosa, qué.

—¿Qué de qué?

—Que me des la vuelta de los cincuenta euros.

—¡Qué cincuenta euros ni qué niño muerto! —le suelta Rosa con con bravura—. Ha pagado Jaime de la Fuente, y tu ibas a pagar con un billete de diez; listo, que eres un listo. A ver si te

crees que me la vas a dar: porculero, que eres un porculero.

El neologismo tiene su gracia bellaca y a Arturo le viene como anillo al dedo; *porculero* sería aquel que está todo el puñetero día dando por culo a la gente, no dejándola en paz. Pero todos saben que no hay mala intención; que a Rosa la quiere como a una hermana; sin embargo, el cabrito tiene necesidad de tener en vilo a la gente.

—Bueno, Rosa; me quería referir —siempre dice *me quería referir* para darle unas décimas de segundo al pensamiento— a que me dices las vueltas de estos cincuenta euros que te doy cuando hayas puesto de beber a todos, incluyendo a mi buen amigo el doctor Carlos Ossorio, que entra en estos momentos con su perrita Lola.

—Ah!, bueno; eso es otra cosa.

(continuará)

Venancio Díaz Castán





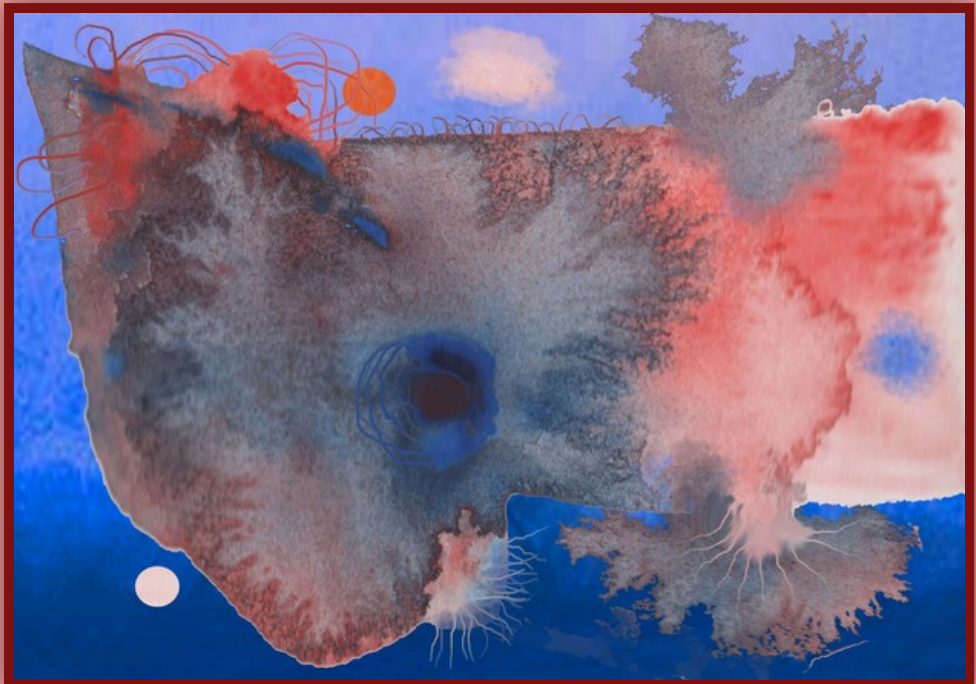
Supernova

Cuando la espera ruje
como una madeja de sonidos estériles,
los días son noches de quebrados silencios,
de pronto, el inexplicable desierto se puebla,
de tu presencia brota un manantial de tardes inacabadas,
de susurros que horadan la casa,
de vino azul y gemidos.

A penas logro verte y oírte,
pero en el lecho en que levantas volcanes y susurros
saboreo tu piel como zumo prohibido.
Con los ojos entreabiertos espero tu arado,
cuando me surcas
toda la luz del abismo invade la alcoba,
el fuego huérfano se acopla a tu ritmo,
nada hay afuera, todo esta dentro
la muerte nos acecha envidiosa.

Olvido la soledad pasada,
todo se vuelve esperanza del nuevo encuentro,
este goteo incansable me alienta en lo cotidiano,
atravesas los días que ya no son vacíos,
me vivo en tu corta presencia inesperada
que provoca destellos y murmullos.

Virginia Villalba



Un instante

Tu cintura como río de plumas,
las alas de tus dedos,
el imposible humo de tus brazos
y el caracoleo de tus tobillos
me hacen sollozar.

La nostalgia del grano al sol
la plenitud de la ola en su espuma
tu giro insospechado y luminoso
inundan mi sagrado vacío
solo sosegado con tu sutil abrazo.

Tras el destello de sosiego
queda la oscura sinrazón
el lento y abrupto cotidiano
que entorpece mis sentidos vacíos.

Muero de forma exagerada
sin causa y sin remedio
con el anhelo cual cuchillo
de volver a sollozar en otro sol.

Virginia Villalba







Somos huellas y su trayecto.

Aunque tengamos los ojos abiertos
no vemos lo importante.
Cerrémoslos para mirarnos por dentro.

La vida nos transcurre como el humo
dejando un fugaz surco.
Todo lo que nos pesa está ahí, dentro,
aunque lo sintamos sobre los hombros.
Lo cobijamos hasta hacerlo liviano
y dejarlo subir como un globo hacia la nada.
Después queda el hueco
donde albergamos promesas y abrazos.
Es nuestro espacio,
un tipo de vacío inexorable.
Somos nosotros,
lo que fuimos y lo que somos.
No nos agobiamos por no poderlo cambiar.
Somos huellas y su trayecto,
el de un viento que todo lo arrastra en su rebufo.
Quedan las heridas.

Las arrugas crecen creando un mapa del tiempo
donde ocultar los sueños incumplidos.
Más siempre hay algo que crece en nosotros
aunque caigamos como una hoja de otoño.
Es nuestra peculiar forma de no morir.

JARomán



¿Lo entiendes?

- Piénselo Aurora, es una oportunidad única para su hijo.

- Lo sé D. Manuel, pero su padre cuenta con él para la próxima cosecha. Andrés cumplirá 16 años este curso, es el mayor...usted sabe que tenemos 7 hijos para sacar adelante y siempre estamos con el agua al cuello...

- Por eso mismo Aurora, su hijo Andrés tiene otra alternativa, una opción a tener una buena vida...lo quiera o no, Andrés Ferreiro Nogueira no ha venido a este mundo a criar cerdos ni a cultivar la tierra. Hable con su marido y, si están de acuerdo, yo gestionaré con el centro que le den una beca, una buena beca. Andrés no sólo tendrá para cubrir sus gastos de estudios, alojamiento y manutención, sino que aun quedará dinero para que Marcelo pueda contratar alguien que le ayude en las tareas del campo.

Aurora salió del colegio con premura, la reunión con el tutor de Andrés se había extendido más de lo que esperaba y aun tenía que preparar la comida para su numerosa familia. Un escalofrío recorrió su espalda al salir a la calle y, se apretó la vieja chaqueta de lana mientras en su cabeza se arremolinaban las palabras de D. Manuel. No se, no se, se decía, a Marcelo no le va a gustar nada la idea de que Andrés se vaya tan lejos a estudiar.

Marcelo escuchó a Aurora en silencio, mirándola de hito en hito mientras negaba con la cabeza. La desvencijada puerta tembló cuando Marcelo abandonó la casa dando un portazo.

- Sí mamá, no te preocupes que te llamo todos los domingos a la botica de Angelines...que sí mamá, que me sé el teléfono...como no me lo voy a saber si sólo hay cinco teléfonos en el pueblo y y todos damos el de ella...no mamá, no me llevo la caja con los chorizos, se puede liar una buena...

- Andrés, Andrés , ¡súbeme para tocar nuestra estrella!

La pequeña Micaela saltó a los brazos de su hermano y extendió sus bracitos a la par que su risa revoloteaba como una mariposa en la calle del pueblo. Andrés sintió cierta tristeza al pensar que se perdería la vida de Micaela de los próximos dos años. Recordaba perfectamente cuando nació, un frío día de diciembre en el que Auxi, la matrona de la comarca, tardaba en llegar y su madre se puso de parto. Sin saber nada de cómo traer un niño al mundo, su vecina Luisa y él, ayudaron a nacer a la pequeña Micaela. Fue entonces, al coger su cuerpecito tembloroso por primera vez, cuando ambos hermanos quedaron unidos por un vínculo especial..

- ¿Te vas a tu nuevo cole?, ¿vas a aprender más letras?, para criar cerdos no hace falta saber tanto...

- ¿Se puede saber de dónde sacas eso renacuaja?

- Es lo que dice padre.

Andrés miró a su madre y esbozando una sonrisa dijo a su hermana:

- Siempre hay que estudiar, es la única forma de progresar, así que espero que te aprendas todas las letras y sepas más que yo cuando te vuelva a ver.

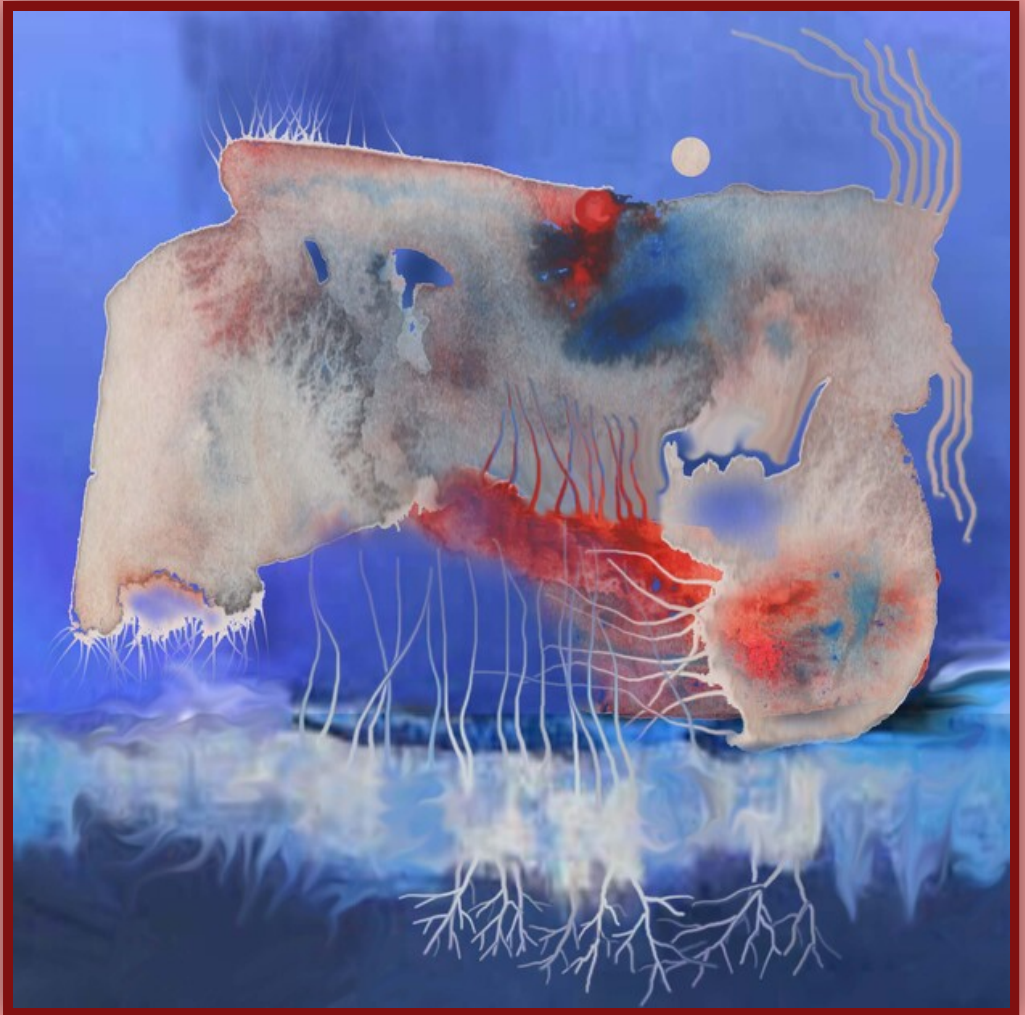
- Pues que sepas que ya me sé muchas. ¿Por qué te vas tan lejos?, ¿es por tus pájaros?

- ¿Qué pájaros?

- Los que tienes en la cabeza.

El rostro de Andrés se transformó en una cara de confusión





mientras Micaela continuaba hablando:

- padre dice que tienes muchos pájaros en la cabeza, pero yo nunca los he visto.

Por segunda vez la mirada de Andrés escrutó el rostro de su madre quien, con una sonrisa triste, encogió los hombros ante los comentarios de la benjamina de la familia. El claxon de un coche que acababa de llegar les devolvió a la realidad y Andrés se despidió de su madre y sus hermanos. Micaela corrió detrás del coche durante unos minutos mientras gritaba: "no olvides buscar nuestra estrella".

El desgarrado muchacho abrió la puerta y se dirigió hacia la bibliotecaria. En un tono casi inaudible le preguntó algo. Ella, levantando la cabeza, y haciendo un barrido visual de la sala, señaló al fondo de la misma mientras le decía:

- Al final, el muchacho del jersey rojo que está sentado junto al ventanal.

Los pasos del chico se dirigieron hacia donde le había indicado y zarandeó al estudiante que estaba absorto en sus libros:

- Ferreiro, te llama el director, tienes que ir inmediatamente a su despacho.

Con un gesto de extrañeza, y cerrando los libros, Andrés se encaminó hacia el despacho de D. Gregorio. Antes de llamar tomó aire. No entendía porqué estaba tan nervioso. En los dos años que llevaba en el centro nunca había tenido ningún problema. Respiró una vez más y llamó un par de veces con los nudillos. Al instante una voz grave contestó desde el otro lado:

. Adelante.

Andrés entró al tiempo que el director se encaminaba hacia él

con paso presuroso.

- ¡Ah! , ¡ya estás aquí!, pasa muchacho, no te quedes en la puerta. Siéntate aquí.

D. Gregorio le ofreció una silla al tiempo que se sentaba en la suya.

- Pareces nervioso Andrés, tranquilo porque lo que tenemos que hablar contigo es bueno.

Andrés abandonó el despacho de D. Gregorio esbozando una profunda sonrisa. Nunca habría podido imaginar que pudiera ir a la universidad, y ni en sus mejores sueños que pudiera estudiar en Estados Unidos. Presentarse a la convocatoria de la beca Young Talents despertó en él a una persona que desconocía a la que sólo guiaría la ambición de subir más y más.

Luisa entró en casa de su vecina Aurora sin llamar a la puerta, corría como si en ello le fuera su propia vida.

- Aurora, Aurora, date prisa y ven a mi casa, están hablando de tu hijo Andrés en la tele. Todos salieron hacia la casa de Luisa y, arremolinados frente al viejo televisor en blanco y negro, escucharon lo que sería tema de conversación en el pueblo durante varios días. La locutora entrevistaba a Andrés, el joven español que había ganado la beca Young Talents y que le brindaba la oportunidad de estudiar la carrera universitaria en Estados Unidos. La universidad en la cual se realizarían los estudios sería el el M.I.T. (Massachussetts Institute of Tecnology) donde cursaría los estudios de Astrofísica.

(continuará)

Ana Herrador





La máquina

Ricardo caminaba tranquilamente a ninguna parte con la mente colgada de las nubes cuando una visión rompió el hechizo. Se detuvo delante del escaparate y se vació de todo lo que no fuera aquella maravilla que tanto anheló de niño. Sólo su memoria le acompañó con aquellos decepcionantes momentos de la niñez en que la contrariedad y, por qué no, la envidia tanto le entristecieron.

Siempre había ansiado conseguir aquel prodigio de dos ruedas. Había pasado muchas tardes mirando como los otros niños del barrio se pavoneaban delante de él subiendo y bajando la calle jubilosos. La situación familiar no permitía ningún dispendio en caprichos, tenían lo justo para comer y vestir. Supo siempre que jamás podrían comprarle una, ni siquiera de segunda mano. Supo asumirlo interiorizando su amargura.

Cuando creció algo más vinieron las burlas de sus amigos por no saber mantenerse sobre la bicicleta cuando le invitaban a que se diera un paseíto. Aquello le avergonzó tanto que decidió sepultar aquella ilusión mintiéndose a sí mismo y a los demás al contar que detestaba las bicicletas porque había tenido un grave accidente cuando era muy niño.

Creció, se hizo mayor, entonces las chicas y el trabajo lo acapararon todo. Aparentemente aquel anhelo quedó olvidado, pero aquella mañana, esa excusa se desmoronó y algo en su interior quitó el tapón del recipiente donde recuerdos y emociones habían estado reprimidos. Se desparrramaron de golpe. Estaba feliz ante aquella hermosura. Disfrutó mirando y remirando sus relucientes llantas, la provocadora cadena, sus cambios de marcha, el elegante manillar.

Miró su reflejo en el cristal pero inesperadamente vio su rostro con una mueca de disgusto. No lo entendió. Su expresión facial no se correspondía en absoluto con aquel tropel de emociones y recuerdos que se agitaban en su pecho acelerando el ritmo cardíaco. Aún se sorprendió más cuando su rostro de repente desapareció. Se quedó perplejo. No entendía nada. Tan fuerte fue el desconcierto que le hizo olvidar el origen de aquel estado de regocijo y posterior alteración. Además, comprobó que, como era normal, el resto de transeúntes sí tenían su correspondiente imagen reflejada en el cristal moviéndose acompasadamente con sus cuerpos.

Se hallaba turbado. No sabía qué le estaba pasando. Comenzó a preocuparse. Se olvidó de la bicicleta y se alejó cabizbajo hasta sentarse abatido en un banco, unos metros más allá.

En ese estado de desasosiego se encontraba cuando unos gritos le arrancaron bruscamente de él. Provenían de la tienda frente a la que había estado hacía un instante. Un señor salió de ella gritando:

- ¡ Al ladrón! ¡Me han robado la bicicleta!

La gente empezó a remolinarse en torno a él.

- ¡Un tipo ha entrado y se ha llevado la bicicleta que tenía en el escaparate!- continuó diciendo a la gente que le miraba extrañada.

Inesperadamente, vio desde el banco como el señor salió del interior del grupo y se dirigió hacia él señalándole al mismo tiempo que gritaba:

- ¡Ha sido aquel hombre, el que está en ese banco!

JARomán





Lugares

Bar Restaurante Castilla. Lavapiés

El cartel más grande del establecimiento reza así:

PARA LAS MÁQUINAS NO SE FÍA DINERO

(Disculpen las molestias)

Mientras pensaba si para otras cosas sí fiaban, la difícilmente describable señora que tengo a mi espalda compartiendo barra, entabla alegre conversación con la perrita de un parroquiano mayor y desaliñado que entra en el bar, y a la que conoce por su nombre: Pepi.

- ¡Pepi! Hoy no me ladras.
- Es que está algo malita – le contesta el parroquiano. – Hoy no tiene ganas de ladrar, mientras acaricia la larga melena que le cae sobre los ojos a Pepi.

Los aperitivos de la barra están protegidos por urnas de cristal, tal vez con el ánimo de que no se tiren al incauto que las mira con el estupor propio de ver semejante exhibición de cocina del infierno. Nada como una ración de la palpitante ensaladilla rusa puede garantizar quince días de baja.

Las tapas, las afamadas tapas del Madrid que no sale en las revistas de colorines y en los dulzones suplementos dominicales de los sesudos periódicos diarios, son dignas de cualquier museo de los horros.

Descuidado, dejo caer el paraguas de la señora, apoyado en la barra, sobre Pepi aunque, por suerte, apenas la rozo. Disculpas y – nada, nada, no se preocupe usted que no le ha hecho nada, mientras Pepi me mira con grandes ojos de sorpresa, y golosa acepta la patata

frita que le ofrezco en desagravio – no sé yo si le va a sentar bien, pero le gustan tanto las patatas fritas que no lo puede remediar. Dale las gracias al señor Pepi. Y ante mi estupefacción y superando su desgana, Pepi me dio las gracias con un pequeño ladrido, momento que aproveché para salir del bar y esperar al amigo con el que había quedado fuera antes de provocar otro desastre.

La mañana

El sol, todavía incruento, de la mañana. El sombrero fino que me protege. Los turistas. La policía con sus descacharrantes uniformes circenses. Pielles morenas. Rasgos asiáticos serios, concentrados. La Tercera de Dvorák tiene un hermoso adagio. Nada parece perturbar la mañana del país de la abundancia. Nada parece amenazar el pan del almuerzo, ni el jabón para la ropa, ni la asistencia a clase, ni el recorrido de los autobuses. Nada turba la sonrisa de la publicidad de las marquesinas, ni la limpia brazada en la piscina. Nada turba la mañana en la ciudad. Y sin embargo...



Bar Prosperidad

Que alentador nombre no solo para el bar sino para el barrio en que se encuentra, en el pequeño local, sobre un enclenque taburete que parece sufrir bajo el tremendo peso de un hombre impecablemente trajeado, que trasiega botellas de cerveza cogidas por el gollete con regularidad, y que son servidas con escrupulosa eficacia por el pequeño camarero que desde detrás de la barra parece bien entrenado en lo que debe hacer cuando entra el hombre del traje, y que como si de un patólogo se tratara, disecciona con precisión el partido de anoche, dirigiéndose no se sabe muy bien a quien, salvo por las contadas respuestas del camarero. Tras él entra un hombre con muleta, y por su forma de hablar con dificultad podría haber sufrido un problema vascular, lo que no parece impedirle a esta hora más cercana al aperitivo que a la comida, un cubalibre de ginebra servido hasta arriba por el respetuoso camarero que también parece conocer al desgreñado hombre de la muleta y sus costumbres, que con gran placer apura la bebida en un par de tragos, mirado al camarero como pidiendo otra, acompañando el gesto con un golpe de la mano en la barra sobre la que deja un billete para pagar las consumiciones.

Un tipo patibulario aparece silencioso a mi lado y tras pedir un café solo, que por el humo que desprende cuando se lo ponen, parece echar fuego, se lo toma en un par de sorbos, paga y se va, dejándome atónito por la prisa y por la resistencia de su gaznate. Un café hirviendo con prisa.

Todo sucede dinámicamente, como en un movimiento sabido y sincronizado, como el camarero que atiende las mesas y que abraza efusivamente al experto futbolero, y a otro delgadito que parece incapaz de acabarse un temprano plato de paella donde

sobresalen bigotes de gambas y enormes conchas de mejillón. Tal vez porque son del mismo equipo. Seguro que es jueves.

Víctor Galán



Si queréis participar en los próximos números de esta publicación, enviad vuestros trabajos (dibujos, poemas, relatos cortos, etc.) a la siguiente dirección de correo:

tertuliam2020@gmail.com



Esta revista no está subvencionada por ningún organismo ni entidad ni se financia mediante publicidad